

PREMIO PRIMAVERA  DE NOVELA 2015

JUAN ESLAVA GALÁN

*Misterioso asesinato
en casa de
Cervantes*

(A)*

*ÁMBITO
cultural



ESPASA

JUAN ESLAVA GALÁN

MISTERIOSO ASESINATO EN CASA
DE CERVANTES



ESPASA

ESPASA © NARRATIVA

© Juan Eslava Galán, 2015
Autor representado por Silvia Bastos, S. L. Agencia Literaria
www.silviabastos.com
© Espasa Libros S. L. U., 2015

Preimpresión: MT Color & Diseño

Depósito legal: B. 2.872-2015
ISBN: 978-84-670-4396-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

1

DE LA LLEGADA DEL PESQUISIDOR CON QUE DA COMIENZO ESTA VERDADERA HISTORIA

Viernes primero de agosto, pasada la hora de las grandes calores, cuando el sol declina y las sombras se alargan, un joven caballero de gentil talle descabalgó en el patio empedrado de la venta de Palomares, a una legua de Valladolid.

Avisado por un zagalejo, salió el ventero y, advirtiendo por el atuendo y la calidad de la montura que el viajero era persona principal, aunque no se acompañara de criados ni mucho equipaje, le dispensó las zalemas y reverencias que los de su oficio usan con los huéspedes pudientes.

—Pasad, caballero, y mandad lo que gustéis, que en esta casa hallaréis de todo.

—Un aposento que no haya de compartir con nadie —solicitó el caballero.

—Tenemos un cuarto arriba donde vuesa merced se encontrará como en la gloria, sin molestia alguna —dijo el ventero—. El daño está en que es de dos camas y de aquí a la noche otro huésped podría demandar la vacante.

—Yo pagaré las dos de buena gana con tal de que nadie ronque a mi lado —contestó el caballero—. Poned sábanas limpias y subidme agua con la que refrescarme. Y ahora

mostradme el camino de las cuadras y acomodaré al caballo.

—Eso puede hacerlo mi zagal —ofreció el ventero.

—Yo sabré hacerlo sin ayuda —objetó el caballero—. Que el zagal traiga un cuartillo de cebada y mirad que no esté vana ni tomada de la roya.

El ventero advirtió que el caballero era más avisado de lo que su poca edad prometía, pues se guardaba de los latrocinios que en las ventas comúnmente se cometen cuando quitan al animal la cebada, en cuanto el amo traspone, y le dejan solo la paja y las granzas.

Apiensado el caballo, el caballero subió a su cuarto, donde ya la ventera le había prevenido una jofaina de agua fresca del pozo con la que, despojándose del jubón, se refrescó el rostro y el cuello. Puesta la jofaina en el suelo, se sentó en la cama e introdujo en el agua los pies que traía recocidos de las botas. En ello estaba cuando regresó la ventera trayéndole un pañizuelo para que se secase y quedó prendada de los pies blancos y delicados del caballero, que más le parecieron de doncella.

Había en la posada mucho trajín de arrieros, por lo que el caballero se hizo servir la cena en su aposento. Una criada joven le subió una escudilla con más repollo que carnero, que le supo a manjar por los buenos apetitos que la jornada le había despertado, y una jarrilla de aguamiel de la que apenas probó unos sorbos.

Levantado el servicio, el caballero corrió el cerrojo de la puerta, cerró el postigo del ventanuco que daba al campo, dejando tan solo una rayita de luz de luna sobre la tablazón del suelo, acomodó su faltriquera debajo de la almohada y, despojándose de la ropa hasta quedar en paños menores, se echó a dormir sin que a su cansancio importunaran la dureza del colchón de borra, el apresto de las sábanas, la serenata de las chicharras ni las risotadas de los arrieros que en el patio tomaban el fresco entre tientos de

frasca, canturreos de borracho y las bromas soeces que entre la gente baja se usan.

Antes de conciliar el sueño, nuestro caballero desdobló un papel y a la luz de una palmatoria leyó, una vez más, la carta de la duquesa de Arjona que lo había puesto en camino, en especial la parte donde decía: «... han acusado de homicidio a nuestro buen amigo don Miguel de Cervantes y lo han encerrado en la cárcel de la corte junto con sus hermanas, su hija y su sobrina. Está tan abatido y apesadumbrado que ni habla ni come, ni parece que quiera seguir viviendo...».

Leída la misiva, el caballero mató la luz y abandonándose al cansancio de la jornada se durmió presto hasta que, bien entrada la mañana, lo despertó el silbato de un capador de puercos que transitaba por el camino real anunciando su oficio.

Bajó el caballero a las cocinas, donde, excusándose de beber el aguardiente que la ventera le ofrecía, desayunó pan tostado en la lumbre con el unto de cáscara de naranja amarga confitada con miel que llaman letuario y, tras satisfacer los haberes del hospedero, reanudó su viaje camino de Valladolid con sobradas ganas de entrar en aquella ilustre ciudad que los forasteros alaban como el más regado y apacible lugar del mundo.

Estaba fresca la mañana y la pintada pajarería acudía a saludarla con sus trinos en la arboleda que festoneaba el camino. Nuestro caballero, viéndose solo, dio en cantar con fina y armoniosa voz el villancico que dice:

*El bajel está en la playa
listo para navegar,
¡ay!, quién se quiere embarcar.
Acudan a la marina
los que fueren del Amor
para quitarles su ardor,*

JUAN ESLAVA GALÁN

*pues que la vela se tira
al son de esta mi bocina.
Os quiero yo pregonar:
¡ay!, quién se quiere embarcar...*

Así entretenía el camino nuestro caballero y alegraba su joven corazón. Brillaba el sol y a su paso bullía la vida en el ancho mundo. Tan solo lamentaba nuestro viandante que el negocio que lo llevaba a tan gran ciudad y corte del rey de España fuera más enojoso que placentero.

2

EN EL QUE SE DA NOTICIA DE LA ILUSTRE
CIUDAD DE VALLADOLID,
CORTE DE LAS ESPAÑAS, ASÍ COMO
DE LA VISITA DEL PESQUISIDOR
A LA DUQUESA DE ARJONA
EN HÁBITO FEMENIL

Haciendo la última etapa del camino, don Teodoro de Anuso, que así se llama el caballero de nuestra historia, iba recordando lo que de Valladolid le contara un viajero francés con el que trabó amena conversación jornadas atrás.

—¿A Valladolid vais? —preguntó el caballero—. Por Dios que es una gran ciudad, de las más ilustres que tiene el rey de España. En ella hallaréis más de treinta palacios, y tantas iglesias y conventos que el día del Corpus huele el aire a incienso como si estuviera en llamas el Gran Bazar del turco.

—No sabía que hubiera ciudad semejante fuera de Roma —dijo don Teodoro.

—¿Os parece que exagero? —replicó el francés—. Mirad que habitan en la corte no menos de veinticinco duques, treinta y cinco marqueses, sesenta condes, no sé cuántos vizcondes y muchísimos hijosdalgo cuyo número aumenta casi cada día con las patentes de nobleza que el rey, generoso como joven, otorga a los que lo sirven bien. Sumad a eso los numerosos servidores y criados, desde mayordomos hasta pícaros de cocina, que sirven en esos palacios, añadid las muchas personas de hábito y sotana que el cuidado de tantas almas requieren y tendréis una muche-

dumbre de moradores que engrandecen la villa. Y putas para contentar a tanta gente... más habrá que en el serrallo del bey de Túnez.

—Ya veo —asintió don Teodoro.

—Y aún me dejo gente en el tintero, mi joven amigo —añadió el francés—. Desde que hace tres años el rey mudó la corte a Valladolid, esta gran ciudad ha atraído a una multitud de ricos mercaderes y a laboriosos artesanos. Paseando por sus plazas y en las amenas riberas de su río percibiréis una babel de lenguas: genoveses, gallegos, aragoneses, vascones, tudescos, flamencos, napolitanos y otras varias gentes de distintas leches, cunas y naciones se han establecido en la ciudad.

—Que me place —dijo don Teodoro.

Era nuestro caballero discreto y por ello no dejó de notar que su interlocutor, por ser extranjero, extremaba las alabanzas y prudentemente se abstenía de mencionar los entuertos e injusticias que en la corte se perpetran, como el agravio que él mismo venía a averiguar y desbaratar.

Otro viajero, un mercader de paños en Burgos con el que hizo parte del camino, lo informó de que Valladolid frisaba las sesenta mil almas, de las que quince mil eran mendigos de pedir, profesos en la cofradía de los menesterosos que viven del aire o de la sopa boba de los conventos, otros veinte mil no pedían pero pasaban necesidad, diez mil no sabían qué es comer caliente y los restantes quince mil eran curas, frailes o criados al amparo de unas docenas de pudientes.

—En parte alguna veréis tantos criados, que hasta los propios pobres los tienen —advirtió el pañero—. Allí las casas nobles mantienen infinita servidumbre.

—¿Tantos necesitan? —preguntó nuestro caballero.

El mercader se rio por lo bajo.

—No, ciertamente, sino que lo hacen por vana ostentación, para pregonar que tienen más criados que el que vive

al lado o a la otra punta de la calle. También encontraréis gran copia de ganapanes ociosos que, acucillados con la espalda en tapias y bardales, pasan sus horas descansando de no hacer nada, quién en coloquio con el vecino, quién callado y pensativo, quién dormitando, quién triste, quién alegre, el uno sentado, el de más allá tumbado, todos sin afán ni pesadumbre, que así Dios los socorre como socorre a las avecidas del campo y les da de vivir sin hacer nada, libres de cuidados.

En esas rememoraciones de conversaciones pasadas entretenía don Teodoro el camino cuando, doblado un recodo, en la cuesta que llaman del Higuierón, dio vista a Valladolid, y, teniendo un momento las riendas de su cabalgadura, se recreó en la mucha belleza que ante sí parecía: las espadañas de los treinta y nueve conventos y las levantadas torres de las doce iglesias, cada cual con su traza, a cual más acabada, las extendidas murallas y los tejados pardos, los huertos verdes que sobre las tapias alegremente asomaban, con sus higueras y cipreses y otro género de árboles que dan apacible sombra y dulces frutos; y los muchos palacios de la noble ciudad. Bajando la mirada la contentó en los verdes huertos y en las prietas arboledas que como cinta tendida marcan el curso del Pisuerga, la orilla amena a la que en el estío descende una muchedumbre de gentes de toda condición por refrescarse y huir de los rigores del sol, bañarse en el río o pasear por la floresta.

Con eso nuestro caballero espoleó su cabalgadura y apretando el paso descendió al arrecife empedrado que discurre entre plantíos y casas de recreo hasta el ojo polifemo del puente del Meloncillo, sobre el Esgueva, donde declaró al oficial del fielato que no llevaba mercancía alguna, y entrando en la jurisdicción de la ciudad descabalgó y murmuró una piadosa oración ante el humilladero de san Andrés. Siguió luego su camino y, llegando al cruce de Herradores, le salieron al encuentro algunos mendigos mos-

trando llagas y escapularios en demanda de limosna. Apretó el paso nuestro caballero y pasando bajo el arco de la puerta de Tudela, y atravesada la plazuela de san Andrés y la calle del Verdugo, ancha y franqueada de buenas casas, llegó a la Plaza Mayor cuando las campanas llamaban a las oraciones de la hora tercia.

Caminaba don Teodoro mirando con curiosidad y asombro la Plaza Mayor con sus quinientos pórticos, dos mil ventanas y la muchedumbre que bullía entrando y saliendo de las numerosas tiendas que bajo sus soportales se cobijan, sin contar el laberinto de tenderetes y tratos que en su magna extensión se abren. No habrá mercadería en la cristiandad que no encuentre acomodo en tan famoso lugar: paños y bayetas, frisa y lencería, botones, sedas y brocados. Deambuló nuestro caballero por los puestos de los plateros, de los albardoneros, espaderos, especieros y boticarios, rechazó cortésmente el ofrecimiento de los perfumistas que dan sahumero de olor por unos maravedíes, y llegando al lugar donde los viandantes se desayunan en los bodegones de puntapié se le acercó un rapazuelo de quince o dieciséis años que poniéndole la mano en el estribo le dijo:

—Señor caballero, ¿sois don Teodoro de Anuso, por un casual?

—Esa es mi gracia —respondió el interpelado.

—Vengo de parte de mi señora doña Teresa, la duquesa de Arjona, para guiaros a vuestra posada.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el caballero.

—Diego Cortado, para servir a vuestre señoría —dijo el rapaz, y añadió—: Aunque vuesa merced me vea en hábito de pobre, sepa que procedo de familia sin tacha, de Mollorido, cerca de Medina del Campo, la de las ferias, donde nos enseñan a no morder la mano que te da de comer. Por eso la señora duquesa me ha tomado fe y me tiene en sus cocinas de mandadero, que Dios la bendiga. Lo digo para

encareceros que soy de fiar y bien podéis tomarme a vuestro servicio.

—Muy despabilado te veo, mozo —contestó don Teodoro—. Lo que me place.

—Llamadme Dieguillo, señor, como la duquesa hace.

—Muy bien, Dieguillo.

Pasaron adelante y el mozo iba espantando a los men-digos para que no incomodaran al amo.

—Nunca vi pobres tan tenaces —comentó don Teodoro.

—Es por el hambre, señor, que no respeta calidad ni cortesía —los disculpó Dieguillo—. En la corte ha quedado poco que comer. Todo se gastó en las pasadas fiestas cuando conmemoramos el nacimiento del príncipe y la venida de los embajadores ingleses. Como se suele decir, días de mucho son vísperas de nada.

En esta plática salieron de la plaza por la calle de la Sor-tija y, atravesando la plazuela de la Fuente Dorada, tomaron el carril de los Chapineros, en cuyo cabo estaba la posada del caballero.

—Aquí viviréis —dijo Dieguillo, mostrando una casa mediana de dos pisos y buhardilla.

Abrió la puerta el muchacho con la llave que llevaba prevenida y tomando las riendas condujo el caballo a la cuadra a desensillarlo y abrevarlo, mientras don Teodoro recorría las estancias de la posada. Las halló aireadas y limpias, aún con charcos someros en los ladrillos del suelo por haberlo baldeado y refrescado aquella mañana. Subió al cuarto y halló un buen aposento con cama bien vestida y dos arcones roperos de los que uno contenía vestidos de mujer y otro, de hombre.

Regresó Dieguillo de atender la cabalgadura y dijo a don Teodoro:

—Si vuesa merced no manda otra cosa, me retiraré a mis otros quehaceres. La duquesa está en las huertas, con

sus damas, donde pasó la noche en su cenador de verano, pero en cuanto regrese a palacio le comunicaré vuestra llegada. Ahora iré a palacio y os traeré con qué almorcéis.

Ido el muchacho, el caballero cerró la puerta con la retranca y yendo al patinillo sacó agua del pozo hasta llenar la pileta. Con esto se despojó de la ropa y apareció la bellísima y hermosa joven que en realidad era, doña Dorotea de Osuna, la cual andaba por el mundo en hábito de hombre cuando sus negocios aconsejaban ocultar su naturaleza femenina. Soltó la redcilla en la que recogía el cabello debajo del chambergo y se desprendió en cascada una melena castaña que casi le alcanzaba la cintura. La lavó con yema de huevo y vinagre y, tras asearse del polvo del camino las otras partes del cuerpo con gran placer, pues era de mucho deleite el agua fresca del pozo en tan grandes calores, salió de la pileta tan bella y limpia como Venus de la concha.

Subió doña Dorotea al aposento y, abriendo un arcón, escogió una saya naranjada con faldar verde adornada con galones, encajes y volantes, y un jubón corto ajustado que realizaba aquellas parejas prendas femeninas que antes oprimió el traje de don Teodoro.

En ese atuendo de mujer abrió la puerta y encontró a Dieguillo, quien habiendo dejado la empanada envuelta en pañizuelos sobre un poyo, a la sombra, se entretenía en tirar una vara a las ramas altas de una morera por ver de cobrar las moras maduras.

—¿Así me guardas el hato, jugando mientras? —le riñó blandamente.

Dieguillo la miró con los ojos tiernos con que los muchachos miran la belleza y dijo:

—Ay, señora, que no me parece sino que estoy viendo a una santa hermosa de las que pintan para los altares. Con traje de hombre no parecíais tan bella.

Sonrió doña Dorotea al halago y, mirando que no hubiera nadie en la calle, dijo al rapaz:

—Pasad, don zalamero, y aparejad la mesa. ¿Habéis almorzado?

—No, señora, que todavía no es la hora de los criados.

—Pues haceos cuenta de que ya llegó. Hoy comeréis conmigo, que tengo mucho que preguntaros sobre los usos de la corte.

Obedeció Dieguillo de muy buena gana y dispuso una mesa tocinera en el patinillo donde compartieron variada conversación y empanada de carnero, pollo, riñones y verduras, de la que, tras comer con buen apetito, aún sobró una buena porción para la fresquera, con lo cual doña Dorotea despidió al mozo y se retrajo a sestear en su aposento.

Pasados los calores del mediodía, regresó Dieguillo a donde doña Dorotea con el recado de que doña Teresa había vuelto de las huertas y holgaría de recibirla. No tuvieron que andar mucho, pues tan solo seguir las bardas del jardín de los duques, al volver la esquina hallaron la entrada del palacio, una hermosa portalada de cantería sobre la cual campeaba un escudo de armas que traía cinco puntos de azur equipolados por cuatro de oro con el lema *Amicus protectio fortis*, el cual interpretó la discreta doña Dorotea como «Fuerte por la protección de los amigos».

Entraron al zaguán, que encontraron abierto, con su lamparita de aceite encendida delante del azulejo de los mártires san Bonoso y Maximiano, la devoción de la casa ducal, y, llegándose al portalón, el muchacho tiró dos veces del cordel que tañía una campanilla a cuyo reclamo acudió un criado anciano.

—Ambrosio, anunciad a la duquesa que está aquí doña Dorotea de Osuna —dijo el muchacho.

—Pasad, señora, ya nos había avisado que veníais —contestó Ambrosio apartándose con una reverencia—. La señora está en la galería de arriba.

Entró doña Dorotea a un patio columnado muy frondoso de macetas y plantas en cuyo centro había una fuente

de mármol con un Cupido cabalgando un delfín, el cual echaba un chorro de agua por la boca que rebotaba sobre una concha del mismo mármol y rebosando caía toda en derredor como una cortina fresca sobre la artesa, salpicando a las macetas de pintadas flores que la rodeaban y dando mucho frescor al patio, al cual llegaba la luz del sol muy matizada por un gran toldo que lo cubría de parte a parte.

Subieron el criado y la visita la gran escalinata, que en el descanso frontero se adornaba con un gran óleo del nacimiento de Venus, y atravesando varios salones alhajados con tapices de Bruselas, ferrados arcones, buenos braseros, aparadores y sillones de cordobán, fueron a dar a una galería luminosa donde bordaban dos mujeres sentadas en sendos almohadones, sobre una tarima baja. La mayor, que no frisaría los cuarenta años, viendo llegar a doña Dorotea, abandonó el bastidor sobre la canasta de la costura y, saliendo a su encuentro muy sonriente, la abrazó y le estampó dos besos en las mejillas.

—¡Cómo me huelgo de veros tan gallarda y en sazón! —le dijo tomándola de ambas manos y contemplándola a sabor—. ¿Ha sido muy fatigoso el viaje?

—No se me ha hecho sino ligero sabiendo que venía a serviros, señora duquesa.

Se volvió la duquesa hacia la joven que con ella cosía y le dijo:

—Sanchica, dejémoslo por hoy. Baja a las cocinas y trae a mi amiga un vaso de aloja, que se refresque.

Partió la criadita y, cuando quedaron solas, la duquesa dijo a su amiga:

—Dorotea, te he llamado porque tenemos que sacar a don Miguel de Cervantes y a sus hermanas de la cárcel y, lo que será más difícil, restituirles el buen nombre que por sospechas de asesinato se ha visto arrastrado en mentideros y en vituperios de chismosos.

Doña Dorotea bajó la mirada con gran pesadumbre.

—¿Qué delito puede haber cometido un hombre de tan altas prendas? ¿No hubo bastante cárcel ya en su vida con el cautiverio de Argel?

—De altas prendas es —concedió la duquesa—, pero también más versado en desdichas que en versos. Mataron un hombre a su puerta y el alcalde de casa y corte Cristóbal de Villarroel tiene a los Cervantes por sospechosos junto con otros vecinos. Has de saber que a don Miguel, siendo persona de tan altas prendas para nosotras, en la corte lo menosprecian debido al humilde estado al que los infortunios de la vida lo han reducido.

—Me hago cargo —dijo doña Dorotea—. ¿Por dónde pensáis que podría comenzar mis pesquisas?

—Podierais empezar por su vecindario, en la calle del Rastro de los Carneros, que no es de las mejores de Valladolid por su cercanía con el hospital de las bubas y con los mataderos. Allí se instaló nuestro amigo con las mujeres de la familia.

—¿Qué mujeres? —preguntó doña Dorotea.

—Quitando a su esposa, doña Catalina de Palacios, que ahora está ausente en Esquivias, las otras que viven con él son su hija natural doña Isabel de Saavedra, que está soltera y mozuela; su hermana doña Andrea de Cervantes, viuda; la hija de esta, doña Constanza de Ovando, soltera de hasta treinta años, y doña Magdalena de Sotomayor, otra hermana de Cervantes, beata, de más de cincuenta. ¡Ah! Se me olvidaba la criada, María de Ceballos, todavía mozuela. Todas ellas menos la beata y la criada han ido a la cárcel por sospechas del alcalde Villarroel.

—¿Hay esperanza de que resuelvan pronto?

—¡Ay, hija, tú sabes bien que en este mundo no hay más justicia que la que compras! Cuando caes en manos de escribanos y jueces puedes darte por perdida, porque aun sabiéndote inocente entretendrán el pleito hasta arruinarte la hacienda y la fama. De eso viven.

Llegó Sanchica con una bandeja en la que traía una jarra de aloja y dos copas de cristal que dejó sobre la tarima.

Cuando se hubo ausentado, prosiguió la duquesa:

—Nuestro buen don Miguel ha cumplido ya cincuenta años, y aunque otros a esa edad aún conservan algo del vigor de la juventud, él está muy trabajado por la vida y no está ya para más pesadumbres, sino para quitarse cuidados y alcanzar el sosiego necesario para escribir sus libros, con los que tanto esparcimiento da al mundo cuando no vida a lectores y criaturas tan incondicionales tuyas como somos nosotras. Por eso te he hecho llamar, porque sé de tus mañas como pesquisidora. Si la muerte de Ezpeleta no se esclarece, siempre quedará la sospecha sobre don Miguel, con mengua de su honra. Por eso es menester que se descubra al matador, de manera que el buen nombre de don Miguel y sus parientes no ande en lenguas, porque aunque salgan de la cárcel, no será tan presto que sus honras queden en entredicho en esta maliciosa corte.

Doña Dorotea asentía con grave semblante.

—¿Ha habido testigos contrarios en los que pueda averiguar? —preguntó.

—Todo el enredo procede de una beata de mala entraña de nombre Isabel de Ayala que vive debajo del tejado de la casa de don Miguel, una bruja que se pasa todo el día tras el postigo empeñada en ver en cada signo de sus vecinos una prueba de que viven en pecado.

—¿En pecado? —preguntó doña Dorotea.

—En el de lujuria, naturalmente —aclaró la duquesa—. ¿Qué otro pecado habría de ser en esta patria nuestra, que solo de ese entiende?

Asintió la muchacha.

—¿Cómo puede una beata ser tan contraria a la caridad y a la justicia?

—¡Ay, hija, bien se conoce que vienes de un pueblo donde no os alcanza la maldad de la corte! —dijo la duque-

sa—. Esto es una cesta de manzanas, todas podridas, en la que incluso la de más sana apariencia guarda algún gusano. Aquí la mayor parte de las beatas son de manera muy distinta a las que puedes imaginar, porque yendo de iglesia en iglesia y entrando en todas las casas con el achaque de llevar la estampa santa o la reliquia lo mismo arreglan desconciertos que restauran amores contrariados que hacen ensalmos para que la mocita juncal quiera al viudo viejo y rico, y para que la dama melindrosa no le haga ascos al arropiero enriquecido que por gozarla está dispuesto a dilapidar la herencia de sus sobrinos. Ellas van y vienen por las casas dando receticas de jabón, ayudando a hacer mantecados, librando a los niños de maldeojos (que ellas mismas les hacen), dando friegas a las paridas, conversación y compañía al melancólico, y con el pretexto de ayudar al prójimo traen y llevan chismes y deshonorarían a la casta Susana si se lo propusieran. Ellas son gusanos negros que viven del entremetimiento del puterío y las sotanas; las veis de mañana visitadoras de iglesias y rezadoras, que no hay una que tenga menos de diez devociones, novenas y besamanos, y en los tornaviajes y entretiempos urden apaños y asientan nómina no siempre cierta de damas de pierna en alto, y por sus composturas compran y venden virgos legítimos o fingidos a tanto la pieza. Son, en fin, las madres de todos, respetadas y muy agasajadas porque sin su concurso medio mundo no comería caliente, pero también son tales que ellas solas enredan la ciudad, y si se encabritan desenvainan lenguas más afiladas y puntiagudas que la espada de Maladros, que no hay broquel que proteja de ellas ni honra que esté a salvo. Con esto os quiero retratar a la tal Isabel de Ayala, por cuya declaración el alcalde Villarroel ha dado con don Miguel de Cervantes y sus mujeres en la cárcel.

—Por ella empezaré —contestó doña Dorotea—. Pero antes quisiera hacer averiguación de lo que los justicias asentaron en sus papeles.

—Sobre eso debéis saber que uno de los alguaciles que acompañaron al alcalde Villarroel, Andrés de Carranza, es muy devoto de Baco y suele parar en la taberna de la Mancha, en el Campo Viejo. Allí podéis encontrarlo al declinar el día.

—Por ese empezaré —dijo doña Dorotea—. Y marcho ahora mismo, que para luego es tarde.

Con lo que, ofreciéndose mucho y dándose otra vez las cortesías y plácemes que hacen al caso, se despidieron las dos amigas.